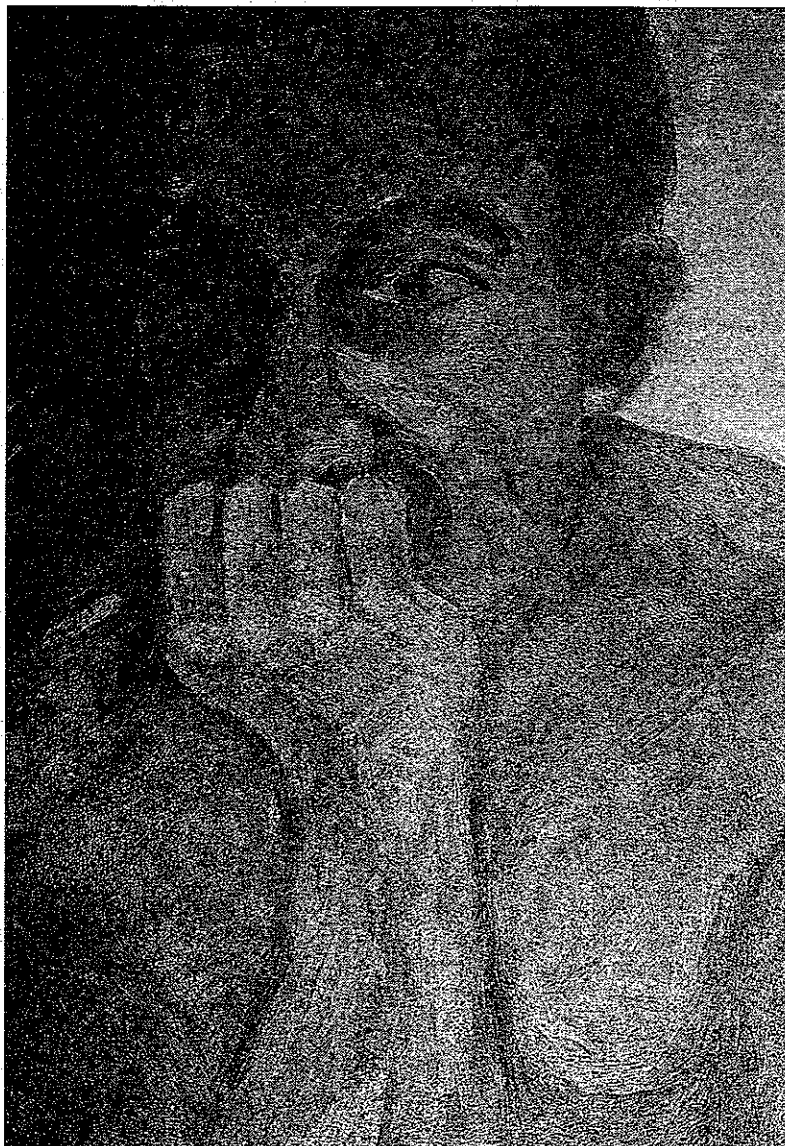


# Modernidad y religiones



# Presentación

Durante el Renacimiento, la Reforma y la Ilustración acaeció el máximo cambio de perspectiva histórico nunca habido: el teocentrismo hasta entonces existente iba a devenir antropoteocentrismo, que en el siglo XIX, heredero de la Ilustración, se convertirá en antropocentrismo antiteísta. El siglo XIX puede considerarse marcado por la filosofía hegeliana:

a) Por una parte, una herencia que permite una perspectiva móvil de la realidad, la cual se hace presente más tarde lo mismo en el evolucionismo de Charles Darwin que en el positivismo de Auguste Comte que en el movimiento internacionalista proletario. Por eso precisamente, los padres de la sociología de la religión (Max Müller, J. G. Frazer, E. Durkheim, E. B. Tylor) comparten en este siglo la convicción evolutivista de que la religión desaparecerá de la humanidad cuando llegue a su estadio definitivo y adulto, el estadio positivo de la física social o sociología, tras haber dejado atrás y superado los anteriores estadios metafísico (juvenil) y teológico (infantil).

Éste es el primer reto que los hegelianos en general lanzan a la Iglesia, lo mismo la izquierda hegeliana que la derecha hegeliana: repensar su perennismo y su esencialismo, afrontando un tiempo en el cual la realidad se moverá desde entonces vertiginosamente, pues, como dijera Chesterton, cada década inauguramos un siglo.

b) Por otra parte, una herencia que permite una perspectiva dialéctica de la realidad, según la cual todo lo que prospera y crece necesita el enfrentamiento, la tensión, el esfuerzo, como reconocerá el movimiento obrero en todas sus ramas, tanto marxista como anarquista o hasta socialdemócrata. Existe aquí la convicción de que en la lucha entre el mal (la clase capitalista) y el bien (la clase trabajadora) triunfará final y definitivamente el bien, encarnado en el mundo de los pobres.

Aquí, la Iglesia se encontrará con el segundo desafío, a saber, el de la necesidad de definirse no solamente ante el mundo obrero, sino ante la legitimidad o no de la revolución misma.

c) Y, finalmente, una herencia que abre a una perspectiva ergométrica, por la cual se exalta la fuerza y el poder de la voluntad, de la subjetividad del yo, y es ahí donde se sitúan los voluntarismos comunitaristas de Fichte o los individualistas de Stirner o de la voluntad de poder en general y de la pasión, según recordarán el romanticismo, el nihilismo de Nietzsche y el fascismo.

Y aquí, por fin, la Iglesia habrá de responder al reto del nihilismo, así como al del subjetivismo, y frente al colectivismo. Es también el reto que debe afrontar el «personalismo comunitario» frente al auge de los impersonalismos orientalistas, que disuelven el sujeto en la realidad cósmica, y frente a las pararreligiones o religiones de reemplazo no institucionalizadas (ecologismos, reencarnacionismos, neopaganismos, sincretismos, etc.).

